

Euskadi: Escribir en libertad

JOSÉ MARÍA CALLEJA*

Escribir hoy en Euskadi es asumir una dosis no deseada de heroicidad por la defensa de lo obvio. Claro, que no sólo el escribir, también el verbalizar lo que se piensa en voz alta, prenderse un lazo azul en el pecho, decir basta ya ante tanta muerte, apostar por la paz, defender la democracia; todos ellos son gestos que se convierten automáticamente en *valientes*, en expresiones de coraje cívico ante la muralla berroqueña de *viva la muerte*.

Así de espesa es la intolerancia. Así de perverso el terror. Así de agobiante el miedo.

Euskadi paga hoy, día a día, las consecuencias de tener que coexistir y querer convivir con una secta incrustada dentro de la propia sociedad. Se trata de un grupo minoritario —no más del

catorce por ciento de los votantes y menos del diez por ciento de la población—, pero que quiere obligar a marcar el paso al resto de la sociedad.

Estamos ante una secta que tiene ya su paraíso en la tierra, que posee su propio código de interpretación de la realidad, ajena a las sensibilidades de la mayoría. Estamos ante una minoría a la que le repugna la democracia, que se comporta como eterna vigilante de los demás, educada durante años en la violencia como forma natural de relación con los otros y que interpreta la muerte como signo de victoria. Un grupúsculo con marcada vocación militar, aunque no lleve uniforme y se declare insumisa, y que ha manipulado la historia hasta la extenuación para hacerse un nicho dentro de los

«Así de espesa es la intolerancia. Así de perverso el terror. Así de agobiante el miedo. Euskadi paga hoy, día a día, las consecuencias de tener que coexistir y querer convivir con una secta incrustada dentro de la propia sociedad. Se trata de un grupo minoritario —no más del catorce por ciento de los votantes y. menos del diez por ciento de la población—, pero que quiere obligar a marcar el paso al resto de la sociedad.»



perseguidos. Este colectivo se siente a gusto en su papel de víctima aunque luego ejerza de hecho de verdugo.

Cuando toda España se electriza y siente repugnancia por un atentado terrorista, aquí, en Euskadi, hay una minoría que interpreta la muerte de los demás como síntoma de vitalidad. No se trata necesariamente de adolescentes marginales, hijos del agobio y del paro de sus progenitores emigrantes, también correctas amas de casa, conspicuos empresarios medios, profesores, empleados de aspecto respetable, ciudadanos, en fin, de comunión semanal y misa diaria que creen que está bien eso de matar, que están dispuestos a comprender y justificar todas las muertes, siempre que se mate en nombre de una determinada idea de la patria.

El miedo ha jugado y juega una mala pasada a este país. Gracias a él, algunos justifican lo insoportable, sencillamente porque trae más cuenta llevarse bien con el vecino violento que con el policía. Este es más controlable, mientras que el violento actúa como si la calle fuera suya y obliga con su fanatismo a los demás a seguir su ritmo.

¿Quehacer?

La pregunta surge de forma cíclica, sobre todo después de algún crimen, ¿qué se necesita para acabar con esta violencia que mata y aburre?. Con la dificultad que entraña cualquier respuesta a esta pregunta, para mí esta claro que sólo se podrá avanzar en la paz si cada uno de los ciudadanos vascos: médico, abogado, empresario, profesor, trabajador, enfermera, estudiante, repartidor de butano o periodista, es capaz de no quedarse atenazado por el miedo y toma la defensa de la libertad y de la vida como cosa suya.

« Cuando toda España se electriza y siente repugnancia por un atentado terrorista, aquí, en Euskadi, hay una minoría que interpreta la muerte de los demás como síntoma de vitalidad.»



Fuera de esta postura, que exige una cierta dosis de militancia —actividad forzosamente pelma—, no hay solución posible a esta situación de terror que se ha llevado ya por delante la vida de 878 personas (Deseo que cuando este artículo llegue a sus manos querido lector, no haya que sumar ninguna más).

En este escenario los periodistas no podemos jugar un papel neutral entre la víctima y el verdugo; no podemos hacer de jueces de silla, como si no nos fuera nada en este partido, que no es de tenis, en el que unos matan sin piedad y otros mueren ordenadamente; no podemos callarnos por no sé qué prurito de neutralidad que siempre beneficia al que mata.

Tenemos que buscar con ahínco la verdad, sabedores de que ésta no existe así, con mayúsculas ni de forma unívoca. Tenemos que trabajar por la objetividad, aunque sepamos que no está perfecta en la vida, pero no podemos, en ningún caso, hacer como que esto no va con nosotros.

Ahora, cuando salen otra vez a la superficie, y con diez años de retraso, las monstruosidades de los GAL —saltarse la ley y convertirse en terrorista, creyendo que así se combate mejor al terror—, hay que recordar que los demócratas somos los que, siempre, hemos estado a favor de la vida, en contra de la tortura y de la muerte. Es ésta una diferencia clave: a los demócratas nos repugnan las muertes, incluso las de los asesinos. A los que matan sólo les afectan las de los suyos, en las muertes celebradas de los demás encuentran su fortaleza. (Por cierto, para quienes piensan que hay atajos para acabar con el terrorismo, hay que recordarles que nunca como en tiempos de los GAL estuvo más lejana la solución de la violencia. El terrorismo necesita enemigos de su calaña con los que

justificar la per-vivencia de su espiral. Los GAL fueron una monstruosidad desde el punto de vista ético y un inconmensurable error desde el punto de vista político. Las consecuencias de ambos las pagamos aún hoy, diez años después de concluido aquel horror).

Policía, autogobierno y euskem

Corren malos tiempos para la lírica en Euskadi, malas condiciones para poder ejercer la profesión periodística en libertad, sobre todo por parte de algunos.

Mientras escribo estas líneas un policía sigue en coma después de sufrir un tiro en la nuca en San Sebastián, otro policía *vive* desde el 24 de marzo en la unidad de grandes quemados del Hospital de Cruces, en Vizcaya, con la mitad de su cuerpo quemado por unos cócteles molotov lanzados en Rentería por adolescentes violentos. Este terrorismo, por desgracia, no está aún clausurado.

Lo peor del terror es que es insaciable y si hace años la Ertzaintza, Policía Autonómica, era presentada como uno de los símbolos andantes del autogobierno de Euskadi, hoy es la bestia negra de los violentos, el enemigo número uno a batir (y también a abatir).

Resulta expresiva esta furibunda animadversión. Tengo para mí que el logro de todos los objetivos pendientes del autogobierno no va a saciar, en ningún caso, las ansias de muerte que anidan en muchos ciudadanos vascos (Créanme, deseo fervientemente equivocarme en este augurio).

Euskadi disfruta hoy del nivel de

autogobierno más alto de toda su historia y posee un grado de competencias envidiado por otras regiones de Europa. Nunca como hoy se han dedicado en Euskadi tantos millones de pesetas para el apoyo al euskera, nunca Euskadi ha conocido en su historia un período tan largo con un Gobierno propio, que toma decisiones y gestiona un presupuesto, con un Parlamento autónomo, con una Hacienda propia que recauda los impuestos, con una televisión propia; nunca como ahora en la historia de este país ha habido tantas personas que hablan en euskera. El que diga lo contrario, que aporte datos, no los va a encontrar en la historia, aunque haya soñado con ellos alguna vez.

Esta es la realidad, pero esta es la realidad que se percibe con sentido común, no es la realidad en la que vive ese colectivo con vocación de secta que desea sentirse siempre como víctima y que cree que el origen de todos sus males reside siempre en los demás.

«La pregunta surge de forma cíclica, sobre todo después de algún crimen, ¿qué se necesita para acabar con esta violencia que mata y aburre?».

Con la dificultad que entraña cualquier respuesta a esta pregunta, para mí esta claro que sólo se podrá avanzar en la paz si cada uno de los ciudadanos vascos: médico, abogado, empresario, profesor, trabajador, enfermera, estudiante, repartidor de butano o periodista, es capaz de no quedarse atenzado por el miedo y toma la defensa de la libertad y de la vida como cosa suya.»

En ese supuesto paraíso terrenal del que hablaba antes, son muchos los ciudadanos a los que todos estos datos, que hablan de un real autogobierno, les parecen irrelevantes o, incluso, consiguen que les sirvan como justificación para seguir matando. Porque el gobierno, tiene competencias, pero, dicen, tenía que tener más, porque son muchos los que hablan euskera, pero tenían que ser más, porque la Ertzaintza se dedica a reprimir —tarea para la que reclaman la exclusiva— y la Televisión vasca no cuenta las cosas como a ellos les gusta. Y así hasta el infinito.

Es complicado ser periodista hoy en Euskadi. No resulta cómodo tratar de escribir en libertad. Lo fácil



es ir de notario por la vida y procurar llevarse bien con quien más daño te puede hacer, el que mata, el que informa al que mata y el que aplaude y comprende a ambos —en muchos casos eriendo ingenuamente que con ese entusiasmo se pone a salvo.

Sin embargo, la existencia de unos medios de comunicación que se atrevan a contar lo que ocurre, que desenmascaren a los centenares de dictadores que existen y que no necesitan llegar al poder para exhibir su brutalidad, de unos medios de comunicación que sirvan de referencia ética para la necesaria regeneración democrática, es imprescindible.

« Los GAL fueron una monstruosidad desde el punto de vista ético y un incommensurable error desde el punto de vista político. Las consecuencias de ambos las pagamos aún hoy, diez años después de concluido aquel horror.»



La democracia no puede ser clandestina en Euskadi y los profesionales de los medios no pueden escribir sintiéndose encañonados. Los violentos quieren, como no se recatan en decir públicamente, que los vascos que son demócratas sufran, para que, gracias a ese sufrimiento, comprendamos mejor a los

violentos. Difícilmente los periodistas vamos a hacer nuestra labor ante la sociedad si actuamos atenazados por el terror. Antes, durante y después de nuestro horario de trabajo, los periodistas somos ciudadanos y debemos tener claro que la dignidad hay que mantenerla siempre dos peldaños por encima del miedo.